



Franck Thilliez
Paranoia

DESTINO

Paranoia

Franck
Thilliez

Traducción de
Joan Riambau

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1325

Título original: *Puzzle*

© 2013, Éditions Fleuve Noir, Département d'Univers Poche.

© por la traducción, Joan Riambau, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-233-4922-7

Depósito legal: B. 2.744-2015

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Todo el equipo médico que se ocupaba de Lucas Chardon se reunió alrededor de su cama. En cuanto despertó, le retiraron los diferentes electrodos del electroencefalograma que tenía fijados en el cuero cabelludo. El electrocardiograma y los diversos aparatos conectados aún a su cuerpo indicaban que su estado era estable.

El paciente, con las muñecas y los tobillos atados, manifestó su exasperación.

—Quiero hablar a solas con mi psiquiatra. Los demás, salgan, por favor.

La habitación de hospital se vació rápidamente. Lucas Chardon trató de alzar la cabeza, pero no lo logró.

—No lo intente —le dijo Sandy Cléor—. Ha sido una prueba larga y difícil, y sus músculos necesitarán varios días de reeducación, quizá semanas.

—Y, afortunadamente, ahí están las correas para que no me haga daño, ¿verdad?

La psiquiatra se sentó en el borde de la cama y apartó el mechón castaño que ocultaba la mirada de su paciente. Por una vez, la guapa mujer de cabello corto y moreno, de apenas treinta años, vestía de paisano, sin aquella bata blanca demasiado oficial. Aquel hospital público estaba a unos cien kilómetros de la Unidad para Enfermos Difíciles (UMD) donde ejercía.

—*Ya sabe que no podemos hacer otra cosa, Lucas.*

—*Siempre se puede hacer otra cosa.*

—*¿Cómo se encuentra?*

El joven volvió la cabeza hacia la única ventana de la habitación. El cielo estaba cubierto, amenazador. Desvió la mirada hacia los ojos muy azules de su psiquiatra.

—*¿Cuánto tiempo trató de curarme antes de mi llegada aquí, doctora Cléor?*

—*¿No se acuerda?*

—*¿Cómo voy a acordarme? ¿Acaso no se supone que estoy loco? Para un loco es difícil tener noción de la realidad y del tiempo, ¿no?*

Cléor no respondió de inmediato. Por una vez, el discurso de su paciente le parecía extremadamente claro y coherente. Y no era agresivo.

—*Cuatro meses. Ha pasado cuatro meses en la UMD... hasta ahora.*

—*¿Y cree que los electrochoques eran necesarios? ¿Se da cuenta del dolor que me ha causado durante todas estas semanas? ¿Sabe lo que se siente al recibir cientos de voltios en el organismo? Parece que los ojos se te vayan a salir de las órbitas, y que todas las venas vayan a estallarte. De verdad. Un día tiene que probarlo, y lo entenderá. Los psiquiatras siempre deberían probar sus tratamientos sobre ellos mismos antes de hacérselos sufrir a los demás.*

Sandy Cléor observó brevemente las correas que inmovilizaban las muñecas de su paciente. Era capaz de agredir a alguien en una fracción de segundo. Ya lo había hecho muchas veces. La psicosis era una enfermedad perversa, destructiva. Los enfermos que la padecían sufrían fuertes alucinaciones, ideas delirantes, y vivían la mayor parte del tiempo en una realidad paralela, y eso hacía que cualquier tipo de tratamiento fuera delicado en extremo. Más aún en el caso de Lucas Chardon, paranoico incluso en sus ratos de lucidez, puesto que se

tomaba cualquier intento de cuidado o aproximación del personal como una persecución o una conspiración contra él.

—Gracias a la electroterapia, algunos recuerdos han aflorado de nuevo. Su memoria se ha abierto a su pasado. Eso lo ha ayudado, a pesar de que piense lo contrario.

—¡Basta, doctora! No ha hecho más que incrementar mi miedo y mi sufrimiento. Usted creía curarme, pero no ha hecho más que agravar las cosas.

El pitido del electrocardiograma se alteró. El corazón latía entonces a ciento veinte pulsaciones por minuto. El joven miró fijamente la aguja de la perfusión en su antebrazo y respiró con calma.

—Ha conversado en numerosas ocasiones, aquí mismo, con el doctor Paul Gambier, ese empedernido fumador de pipa, creyéndome «ausente». ¿Sabe que sus palabras han estado a punto de volverme un poco más loco cada día?

—Confieso que me cuesta entenderlo.

Él esbozó una sonrisa que acabó convirtiéndose en un rictus torcido cuando su pecho se contrajo. Retomó la palabra:

—Hábleme de Cécile Jeanne. ¿Cómo está? ¿Sigue viendo muertos en su estela?

—Sí. Los muertos siguen ahí, tras ella.

—¿Y continúa arrancándose la piel en cuanto le quita la camisa de fuerza?

—Por desgracia no se encuentra mucho mejor.

—Nunca mejorará. Esos muertos que ve permanentemente seguirán persiguiéndola mientras siga encerrada en su hospital. —Suspiró—. Qué lástima. Es una mujer muy guapa. Tiene un cabello moreno muy bonito. Le llega hasta los riñones; siempre me ha gustado mirarlo, y tocarlo. Cécile Jeanne es alguien que me importa mucho, ¿sabe?

—Sí, lo sé.

Su mirada se extravió un instante antes de volver a su interlocutora.

—Ha ocurrido algo durante el tiempo en que estaba acostado en esta cama de hospital, doctora Cléor. Algo que me parece que podría poner en cuestión muchas de sus bárbaras prácticas.

La psiquiatra no veía adónde quería conducirla, pero no se dejó desestabilizar, estaba acostumbrada a comportamientos de aquel tipo y a las palabras agresivas.

—Si tiene una solución milagrosa, soy toda oídos —se limitó a responder.

—Ante todo, tengo una pregunta. Es usted una psiquiatra brillante. ¿Cree que la mente es capaz de curarse sola? ¿Que puede purgarse de su propia podredumbre sin intervención exterior, sin medicación y sin médico? Ya sabe, un poco como esas heridas que nos hacemos de pequeños en las rodillas y que, sin mercurocromo siquiera, acaban desapareciendo por sí solas.

Negó con la cabeza.

—Curarse es ir al encuentro de una parte de uno mismo, aquella que la mente ha ocultado voluntariamente. En buena parte de los casos, los pacientes son incapaces de ir solos a ese encuentro, porque se lo impide la enfermedad. Los psiquiatras estamos ahí para ayudar a superar las barreras.

El joven aguardó a que lo mirara, quería que ella soportara realmente sus palabras.

—Sé la verdad. Sé con exactitud lo que ocurrió ese día, el 22 de diciembre, doctora. Sé quién es el asesino de esos ocho jugadores. Veo su rostro, como la veo a usted.

Sandy Cléor se incorporó. Su paciente nunca había pronunciado palabras de aquella índole. Para él, por lo general, ella no era más que una perseguidora, formaba parte de un complot destinado a destruirlo. Trató de mantener un tono neutro, pero ardía de excitación.

—Y ¿quién es? ¿Qué sabe acerca del día 22 de diciembre, exactamente?

Lucas Chardon miró el reloj colgado encima de un televisor.

—Saque su dictáfono gris, doctora, ya sabe, ese al que le confía todas sus deducciones y sus análisis de tres al cuarto.

—Lo he dejado en la UMD.

—Una feliz coincidencia. Póngase en camino antes de que nieve, vuelva a la habitación que ocupé antes de llegar aquí. Allí escondí una cosa dentro de uno de los barrotes metálicos de la cama. Me gustaría que lo trajera junto con el dictáfono, merece la pena. Y espero que tenga mucho tiempo. Porque la historia que voy a contarle supera todo cuanto pueda imaginar.

22 de diciembre

Aquella mañana hacía un tiempo frío y seco en el corazón de los Alpes. Era un clima cortante, pero ideal para calzarse las raquetas y salir a dar un paseo, y eso se disponía a hacer el suboficial mayor Pierre Boniface, ya a punto de acabar la guardia, cuando recibió aquella terrible llamada. Al otro lado de la línea, al guía le costaba expresarse, pues aún se encontraba conmocionado por el hallazgo.

El helicóptero de la gendarmería nacional que transportaba a Boniface y a su compañero de equipo sobrevolaba en aquel momento un bosque de alerces. Delante, los primeros rayos del sol jugueteaban con las montañas, y sus puntas sedosas se perdían en el infinito, hasta Suiza por un lado y hasta Italia por el otro. En veintidós años de carrera, Boniface nunca se había cansado de aquel espectáculo, diferente cada día y tan delicado como los colores en la paleta de un pintor. Aquella mañana, sin embargo, no le prestaba mucha atención. Su mente estaba en otro lugar.

El helicóptero azul y blanco dejó atrás un lago y aterrizó en un pequeño claro, a más de mil cuatrocientos metros de altitud. Los rotores en movimiento levantaron nubes de nieve. Encorvados, con la nariz hundida en el

cuello del anorak azul marino y con las raquetas en las manos, los dos suboficiales corrieron hasta el hombre enfundado en un cálido mono de montaña. Se saludaron, se calzaron las raquetas y se alejaron rápidamente.

—¿No ha tocado nada? —preguntó Boniface.

El guía dio media vuelta siguiendo sus propias huellas. Era un tipo corpulento, ancho de hombros y que daba un paso cuando Boniface tenía que dar dos. Por suerte, aquella zona del bosque era relativamente plana, a medio camino entre el valle y las pendientes que zigzagueaban hasta las cimas.

—No. He llamado a la gendarmería de inmediato.

—Bien hecho. Ahora, cuéntenos más detalladamente lo que ha sucedido.

A lo lejos, el piloto del helicóptero apagó el motor, devolviendo así a las montañas su calma blanca. El bosque iba volviéndose más denso, los troncos se apretaban tanto alrededor de los hombres que la luz se filtraba entre el ramaje como chispas de oro. Aquella mañana de invierno, la naturaleza entera parecía contener la respiración.

—En cuanto llegemos al sendero, encontraremos el refugio del Grand Massif, una antigua edificación que ahora pertenece al Ayuntamiento. Se trata de un lugar de descanso, sin agua corriente y sin calefacción, donde una decena de excursionistas puede pasar la noche al abrigo de la intemperie. Está situado en medio de una pequeña isla, en un lago.

—Lo conozco —dijo Boniface—. Paseé por allí con mi familia, hace tiempo. Es un sitio magnífico.

El guía se abrió camino entre los arbustos.

—Magnífico, sí, puede describirse así... La semana pasada, unos excursionistas avisaron en la oficina de turismo de que había una gotera en el tejado y ayer por la

mañana subí con las herramientas. Había que hacer un taponamiento y cimentar unas tejas. Un techador tenía que acabar el trabajo hoy.

Boniface y su subordinado respiraban cada vez con mayor dificultad. El frío extremo se metía en la garganta y el guía seguía avanzando deprisa. Aquel tipo parecía de granito.

—El refugio está lleno todo el año, incluso durante esta época de condiciones meteorológicas duras. Los excursionistas llegan hasta aquí y, si no hay espacio, se dirigen a otro refugio, ese de pago, situado a más altitud.

Los tres individuos se agachaban y apartaban con los guantes las ramas cargadas de cristales. El blanco, por doquier, ofrecía un decorado surrealista. La naturaleza se presentaba con sus mejores galas, pero seguía siendo peligrosa en aquella parte de la montaña e incitaba a estar vigilante en todo momento.

—Ha nevado más o menos hasta medianoche, antes de que descendiera la temperatura. Cuando he llegado esta mañana al refugio, enseguida he sabido que pasaba algo raro, porque en los alrededores no había ninguna huella de pasos o de raquetas sobre la nieve. Sin embargo, ayer había llegado gente y eso significaba que...

—Nadie había salido.

Los hombres salieron del bosque de alerces unos minutos más tarde. La luz reapareció, cegadora a la altura de las cimas. Boniface se puso las gafas de sol. La ausencia de nubes anunciaba un día excepcional. El gendarme lamentaba estar allí, sobre todo un domingo. Sabía que, dada su condición de primer interviniente en la escena de un crimen, tendría que rendir cuentas y rellenar mucho papeleo.

El lago y la isla estaban a sus pies, aún bajo la sombra glacial de las montañas. El guía seguía hablando:

—Había sangre por todas partes. En las camas, en las paredes y en el suelo. He visto al menos tres cuerpos, a la izquierda de la entrada. Casi todos habían dormido vestidos y todavía llevaban las botas de montaña... Esta noche ha hecho mucho frío. Los han alcanzado en la espalda, como si... como si los hubiera atravesado una lluvia de granizo. No he entrado en el refugio. He salido corriendo y he llamado por teléfono. Me he olvidado la mochila afuera. —Se detuvo y miró a Boniface—. Lo de salir corriendo ha sido una estupidez. Debería haber comprobado si había supervivientes.

—Ha hecho lo correcto. Al menos, la escena del crimen está intacta, y eso es lo esencial.

Boniface no estaba muy hablador, concentrado en el peligroso descenso. Caminar con raquetas requería técnica y atención. Bastante deprisa, llegaron al lago y a la pasarela que permitía acceder a la isla. Después de caminar unos minutos por un bosquecillo, alcanzaron por fin el imponente refugio de piedra, contra el que reposaba la voluminosa mochila del guía. El gendarme se detuvo en seco, mirando al suelo. Por instinto desabotonó la pistola que llevaba a la cintura.

—Esas huellas de pasos...

Unas huellas salían del refugio, además de las que el guía había dejado una o dos horas antes. Se dirigían a la derecha y luego hacia la parte trasera del edificio. El individuo que las había dejado había pisado antes sangre.

—No estaban —dijo el guía.

—¿Está seguro?

—Totalmente. Esta mañana, la nieve estaba inmaculada, fresca de la noche.

Callaron. El suboficial mayor escrutó atentamente los alrededores. ¿Había llegado el guía en el momento en que el asesino acababa de cometer los crímenes y se dispo-

nía a huir? No se atrevía a imaginar lo que habría ocurrido si su acompañante hubiera entrado en el refugio.

Con gestos rápidos, se quitó las raquetas, las clavó en el suelo y luego se desembarazó de los guantes. Ahora uno y otro sostenían sus Sig Sauer con fuerza entre las manos. El gendarme hizo una señal a su colega para que siguiera las huellas, mientras que él mismo se dirigió hacia la puerta de entrada, que había quedado entornada. La abrió completamente ayudándose con el codo y apuntando al frente con el arma.

Boniface se quitó las gafas de sol con lentitud. Ya había visto una decena de escenas del crimen en su vida, pero desde el primer momento supo que aquélla lo marcaría hasta el fin de sus días.

Dio unos pasos hacia el interior y contó cinco cadáveres a la derecha y luego tres a la izquierda. Algunos sorprendidos mientras dormían, aún acurrucados en el saco de dormir y con el rostro vuelto hacia la pared. Otros en el suelo, vestidos y calzados, habían tratado de agarrarse al pie de la cama. Uno de ellos, completamente desnudo, debía de rondar los ciento treinta kilos y, a todas luces, no había logrado defenderse.

Boniface hundió el mentón en el cuello del anorak con la intención de contaminar el lugar lo menos posible con sus restos biológicos. Se acercó con prudencia a las formas inmóviles que le daban la espalda para comprobar que no había ningún superviviente.

Muertos. Todos muertos.

El gendarme se imaginaba ya los ocho cadáveres, alineados uno al lado del otro, sobre las mesas de autopsia. Veía las caras de los allegados, a los que habría que comunicar la noticia. Curiosamente, en aquel momento, tuvo ganas de llamar a su esposa y decirle lo mucho que la quería.

A sus pies yacía una chica que no debía de tener ni treinta años. Miraba al techo, con los ojos abiertos como platos y los brazos en cruz como si se ofreciera al cielo. Ella tampoco se había podido librar.

Al incorporarse, Boniface vio el destornillador de mango naranja ensangrentado, situado contra un rodapié, al lado de una caja de herramientas. Tal vez el arma del crimen, con la que el asesino los había golpeado en el cuello, en el pecho y en la espalda. Los excursionistas presentaban todos, sin excepción, agujeros en diversas partes del cuerpo.

Aquellos cinco hombres y tres mujeres se habían quedado dormidos con el asesino al lado, a la vista de la ausencia de huellas en dirección al refugio.

De repente se oyeron gritos afuera. Su compañero vociferaba:

—¡Quieto! ¡No te muevas!

En un estado de máxima tensión, Boniface salió de inmediato, indicó al guía que permaneciera inmóvil y rodeó el edificio. El sol empezaba a reflejarse en la nieve por todas partes, y las montañas tendían sus masas de granito hacia el cielo, como para proteger a aquellos hombres que descubrían el horror absoluto. El gendarme vio que su subordinado apuntaba a un tipo cubierto de sangre. El hombre estaba sentado contra la pared; vestía con ropa de abrigo, un gorro en la cabeza, y tenía las rodillas contra el pecho. Alzó unos ojos llenos de lágrimas hacia los dos gendarmes y espetó en un tono espantosamente neutro:

—Me llamo Lucas Chardon, no he hecho nada malo. Sólo díganme: ¿de dónde viene toda esta sangre? Y ¿qué hago aquí, en medio de las montañas? No me acuerdo de nada.